

Ciclo Encuentros y desencuentros en torno a: Miedo al inconsciente.

¿Quién le teme al inconsciente?

Silvina Di Serio

L' insu que sait de l' Une- bévue s' aile á mourre

Este enunciado que escribo aquí y que da título al Seminario de Jacques Lacan de los años 1976-77, no es un título como cualquier otro de sus Seminarios o Escritos. Es, según mi parecer, un enunciado privilegiado por cuanto trasciende como enunciado para producir una valiosa y original enunciació acerca del inconsciente. Esta noción, la de inconsciente -cara a la conceptualización psicoanalítica por constituir la piedra basal del descubrimiento freudiano- ha presentado y, aún hoy, presenta sus dificultades. Las inevitables preguntas que se formula todo psicoanalista ¿Cuál es la especificidad del inconsciente? ¿Cuál es su estatuto? ¿Cómo operar con él? han generado respuestas de las más disímiles a lo largo de la historia del psicoanálisis. Prueba de ello es que Lacan, tras, muchos años vividos y ya cansado, todavía se esfuerza - “se rompe la cabeza” dice en este seminario- para mostrar, yo diría, para presentar al inconsciente lo más despojado posible de cualquier reflejo óptico, de cualquier entificación.

La mostración puesta en juego en la presentación de este título me recuerda a los primeros libros alejandrinos anteriores a la implementación de los códices (más parecidos a nuestros libros actuales), los llamados Rollos. Estos estaban hechos con papiro, un soporte material codiciado y restringido por aquellos tiempos y cuyo origen data de alrededor del 3000 antes de la era cristiana. Estos libros se enrollaban hacia el centro mostrando una parte del texto y requiriendo de su **despliegue** hacia ambos lados a fin de poder dar continuidad a la lectura.

El sintagma que constituye el título del Seminario XXIV de Lacan se presenta condensado, plegado, enigmático, de difícil aprehensión en lo que al sentido respecta, logrando en su despliegue su mayor riqueza.

L' insu que sait de l' Une- bévue s' aile á mourre

Su traducción al castellano (tomaremos la de R. Ponte) nos deja:

“LO NO SABIDO QUE SABE DE LA UNA EQUIVOCACIÓN ES LA MORRA”

L’ insu, puede también ser leído como “lo insabido”, “la ignorancia” o, ésta no incluida por R.P., la que nos parece más ajustada al texto: “lo insabible”.

Entonces: “**La insabible que sabe...**” ¿de qué? De “la una-equivocación”, lo que también requiere comentarios. El traductor indica que “la”, artículo determinado se enlaza al artículo indeterminado “une” lo que promueve que se tome como sustantivo el sintagma *une-bévue*. Lo que allí está en juego, entonces, corresponde a un equívoco y no a cualquiera, el equívoco producto del juego de los significantes tramados en el texto inconsciente de un sujeto en particular. Va en ello toda la Psicopatología de la vida cotidiana.

Un breve recorte clínico para ir situando nuestro recorrido.

Un joven que ha prolongado su situación de estudiante permaneciendo en una carrera de grado que se va evidenciando en el transcurso de los primeros meses del análisis, no fue verdaderamente su elección. La eligió porque estaba dentro de lo “familiar”, lo que había visto desde que nació. Por primera vez, aparece, desde “otro lugar”, dice; su deseo por otra carrera que no tiene ningún contacto con lo conocido. Todo esto en idas y venidas, en las que suele justificar el hecho de tranquilizar a los padres. Dice: “ellos no me molestan mientras haga lo que tengo que hacer, estudiar, rendir. **Mientras yo haga ellos**. Se detiene, escuchó el lapsus. “No, no “**eso**” quise decir”. Podríamos decir, “Mientras yo haga ellos” todo está en orden, la sustitución del significante **ellos** en lugar de **eso**, produce un efecto de sorpresa permitiéndole encontrarse con que, en ese punto, está amarrado al deseo del Otro.

L’ insu que sait d’ Une- bévue (Lo insabible que sabe de la una-equivocación)

Puede ser escuchado homofónicamente con:

L’ insucces de l’ unbewusste c’ est l’ amour

El **fracaso del inconsciente** es el amor.

Vamos a desenrollar este texto un poco más. Lacan dice **traducir** del alemán al francés, l’ une-bévue francés por el *unbewusste* alemán; aclara que es una manera de traducirlo

“como cualquier otra”, que también podría traducirlo por “inconsciente”. La traducción¹ que elige -podemos confirmar que allí la hay- no es una cualquiera, sino una que no se centra en el solapamiento absoluto de sentido entre ambas lenguas, como si tradujéramos *caballo* por *horse*, por ejemplo. Es una traducción que parece tener la ambición de salvar la confusión que el término *inconscient*, *inconsciente* para nosotros, ocasiona por forjarse éste en la negación -el “in”- de la conciencia, lo que está demasiado peligrosamente cerca de la “inconsciencia”. Y el inconsciente nada tiene que ver con la inconsciencia.

En rigor de verdad, la operación del lenguaje que se ajusta con mayor precisión a la relación que Lacan establece entre ambos términos de diferentes lenguas se denomina *transliteración*. Esta operación que se funda en *escribir ajustando el escrito al escrito*-tal como la definió J. Allouch²- lee letras con letras; aquí se lee U-n-b-e-w-u-s-s-t-e **con** l-u-n-e-b-e-v-u-e. Esta escritura por la cual una lengua se adentra en otra -a la manera en que escribe James Joyce- tiene la “ventaja” de mostrar, de poner en evidencia con una fuerza *anonadante*, diría, casi pasmosa, la dimensión real del inconsciente.

Muestra *en acto* la especificidad de la operatoria de lo que Freud denominó “proceso primario”, es decir, enlaces contingentes que responden a la ley más radical del lenguaje que es la del equívoco propia del significante.

Pensaba si no hay en este enunciado algo del *joke*, el chiste o la humorada. Al dar inicio a su Seminario, Lacan aborda el concepto *princeps* del psicoanálisis, con todo el peso secular del término, para “equivocarlo”, como dice allí, para hacerlo equivaler a “la-una equivocación”. Lo que no implica un juego caprichoso o cualquier juego entre palabras. La coincidencia entre sus fonemas, es decir, su homofonía, establece en la simultaneidad, en la conexión sincrónica entre estos dos significantes uno nuevo. Uno que no se circunscribe con exclusividad al *unbewusste* freudiano, ni al mero término *bévue* de la lengua francesa, sino que produce uno nuevo: el sustantivo *l’une-bévue*. A partir de esta enunciación para quienes compartimos cierto contexto, *l’une.bévue* nunca más será lo que era.

¹ Siguiendo los desarrollos de Jean Allouch, *traducir* es un modo de escritura en el que se ajusta lo escrito al sentido, *transcribires* escribir ajustando lo escrito a algo que está por fuera del campo del lenguaje, por ejemplo, los sonidos del habla. *Transliterar* es escribir ajustando lo escrito al escrito. J. Allouch, *Letra por letra*. Ed. Edelp. Editada originalmente 1984.

² En este sentido diría que la transliteración, lejos de desestimar la traducción, le otorga mayor precisión, permite ceñir con mayor justeza la operación de pasaje de una lengua a otra.

Ese juego significativo produce también un efecto de sentido novedoso; vale decir, adviene *J'ois*³(yo oigo o escucho) *sense*(sentido), que Lacan hace conjugar en la homofonía con *jouis-sense*, gozo-sentido. Pero no del sentido en el que el *yo* se apoltrona, el de la llamada “debilidad mental”. Porque lo que destaca aquí es la dimensión pulsional de la voz en el “he oído” (*j'ouïs*), goce que despunta en el oír generando un efecto de sentido novedoso. Señalo, entonces que efecto de sentido difiere de engrosar el sentido inflacionariamente.

Un solo golpe de sonido despoja al concepto fundacional del psicoanálisis de cualquier adherencia objetivante, deshecha cualquier pretensión de sustancialidad que no fuera, en todo caso, la sustancia gozante de la pulsión, en este caso, invocante. Resaltar la dimensión de lo que se escucha, de lo que se oye en lo que se dice, vale decir, los sonidos de las letras, nos confronta con que el *inconsciente* dista en mucho de ser una alforja que contiene un saber constituido del que sólo tendríamos que encontrar el método preciso de exhumación. Sesgo que es posible deducir de la conceptualización del inconsciente como “saber no sabido”. Después de producido el relámpago de *jouissance*, después de oír el sonido atronador de la fonetización de las letras que desacomodan el saber constituido, que desorienta respecto de las certidumbres que me sostienen; es después de eso decíamos, que el sentido novedoso volverá a ser reintegrado a las redes del discurso.

Con el *inconsciente* como *une-bévue*, Lacan tensa la cuerda llevando a su máxima expresión la condición discontinua, de acontecimiento, del inconsciente situando su carácter pulsátil. Razón por la que “...*una-bévue* es siempre posible es decir que no se perpetuará, que cesará como *bévue*”.

Antes de la alienación al lenguaje, el sujeto es nada⁴. Esa alienación conlleva la pérdida del viviente como puro viviente, esto es, del “puro real”, lo que tiene por consecuencia lo que Lacan llamó el “a” u “objeto a” operando en la estructura del sujeto. Este, no tiene representación, no puede ser dicho, ni escrito, ni alcanzado por medio alguno. Sólo es

³“*J'ois*”, se traduce por “oigo”. Del verbo *ouïr*, que significa “escuchar” u “oír” pero en un sentido muy especializado (jurídico), por ejemplo, escuchar a los peritos.
Jouir (gozar en el sentido de: *Éprouver le plaisir sexual*)
je jouis, (yo) gozo.

⁴J. Lacan. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Seminario XI (1964). “*El sujeto es ese surgimiento que antes de nacer como sujeto, era nada, y que apenas aparece queda fijado como significativo*”. *Paidós*, Bs.As. 1ª edición en castellano 1986.

agujero, ausencia presente en la superficie de la topología del sujeto. Pero, afortunadamente contamos con una marca que sí nos permite asir en el campo del lenguaje algo de esa nada: el significante- letra. La letra es lo más real, pero, a su vez, tiene la facultad de participar de lo simbólico. Se encuentra encabalgada entre el agujero real y el conjunto de los significantes; por eso lo llamamos simbólicamente real, lo real en lo simbólico. Más aún, no habría posibilidad de tener alguna constatación del agujero real si no fuera por el borde que constituye el significante. Y, hay uno primordial el significante Uno. Es una noción que introduce Lacan en el Seminario XIX de 1971-72. Dos operadores de la estructura del sujeto: el “a” y el Uno.

Entonces, no hay más que *bévue*, dice aquí Lacan. *L'une-bévue*, la *una equivocación* parece localizar en la experiencia el S1 que es el significante-letra que retorna. Ese “...S1 no es más que el comienzo del saber, pero un saber que (...) **se conforma** con comenzar siempre (...) no llega a nada” (el subrayado es nuestro). No llega a nada por el lado del conocimiento. Es en ello en lo que precisamente encontramos lo esencial de la función de corte de *l'une-bévue*, ésta se conforma con comenzar, se conforma con dar inicio a “otra cosa” de la que poco importa el significado o el sentido en cuanto adiciona saber, lo esencial ya aconteció. Como en el ejemplo de “Mientras **yo haga ellos**”. Que podríamos leer como “Mientras yo haga ellos, no voy a encontrar mi camino”.

Algo de la verdad del sujeto, que no es sino semi-verdad, logró atravesar las barreras de protección y hacerse escuchar, lo que pondremos a cuenta de la *realización de lo imposible*. Que se haga *posible*, no desestima lo imposible, quiere decir que se interrumpe por un momento el que *no cesa de no escribirse*, propio de lo real. Dice aquí Lacan: “el real es el posible *esperando que se escriba* y debo decirlo, que no tuve la confirmación porque, no sé qué mosca me picó (...)”. De modo que cuando esa *une-bévue* es escuchada produce el cese de la insistencia de *lo que no cesa de no escribirse*, pues algo que estaba a la espera se escribió. Al modo del planteo del año '64, el inconsciente como lo “no nacido” que permanece en el limbo de la comadrona.

Porque que esas letras que retornan constituyen el reservorio de lo más genuino del sujeto, su goce. Son letras que el sujeto recorta en tiempos de su constitución para que lo representen y permanecen escritas en la trama o el tejido que constituyen la memoria

inconsciente. Como las letras son lo que son, y no tienen vocación de representar -como sí la tiene el significante en la concatenación con otros significantes- son las más indicadas, las más precisas para atesorar el rasgo separador del sujeto. Separador ¿de qué? De su captura en los significantes significados por el Otro primordial a los que se aliena. Las letras secretas del sujeto localizan el significante que las acarrea para llevarlas a destino: hacerse oír. Por lo que solemos llamarlas “letras de goce”. El Uno es el significante que inaugura el punto de la división subjetiva y que es el mayor exponente de asemejanza que bordea la nada que es el “a” y tiene la facultad de derramar esta misma condición sobre cada significante. Considero que, es por eso, que Lacan insiste con que la materialidad no miente: “Todo lo que se dice es una estafa”⁵, porque nada de lo que se diga logra cumplir su promesa, significar por completo, suturar la no relación sexual, lograr la complementariedad.

Lacan parece ir hasta las últimas consecuencias a fin de distinguir “la paja del trigo”, incluso exagerando dramáticamente en una suerte de pesimismo apocalíptico sobre el psicoanálisis, en expresiones tales como: que mejor hubiera sido no hablarles, que el psicoanálisis puede sufrir por destino su desaparición, que machaca y machaca y no lo comprenden, etc. A mi entender, formas de tensar la cuerda para despertar y hacer despertar del adormecimiento producido por el “ron ron”, el blablablá, la redondez de la comprensión, incluso en el ámbito del psicoanálisis encontramos la pretensión de que un análisis se limitara a navegar por las aguas de lo simbólico, o sea, de hallar el sentido oculto. Navegamos las aguas de lo simbólico, sí, en tanto la fuerza de lo real imprime su direccionalidad. Es nuestra tarea como analistas hallar en el blablablá del analizante las letras que portan la verdad del sujeto, para que, al decir las, esa verdad se realice desamarrando al sujeto de la captura que se figura ante las significaciones provenientes del Otro.

Pero Lacan se detiene en que efectivamente hay algo del *saber* y lo llama “Saber absoluto” por tratarse del saber en el real, y no un saber abarcativo. “(...) El real tal como aparece, dice la verdad, pero no habla y hay que hablar para decir lo que sea”⁶.

⁵Ibid. “(...) todo lo que está fundado sobre la materia es una estafa, material no miente”. “Todo lo que se dice es una estafa”. Clase 14/12/76.

⁶Es el saber en tanto está en el real. Este real es una noción que elaboré por haberla puesto en nudo *borromeo* con las del imaginario y del simbólico. El real tal como aparece, dice la verdad, pero no habla y hay que hablar para decir lo que sea”. J. Lacan. *L’insu que sait de l’une-bévue s’aile á mourre*. Seminario XXIV. Inédito. Texto establecido por EFBA. Clase del 15 de febrero de 1977. Pág. 5.

No nos es dable en la vida, ni en la clínica, evadir o desestimar el sentido, como a veces parece plantearse. El sentido está agujereado y pierde. No es factible una clínica de un puro real, ¿por qué? Entre otras cosas porque lo real NO habla, dice la verdad, pero no habla. ¿Qué hacemos, entonces? Apoyarnos en la función poética, según nos recomienda Lacan. Hacer como el poeta, retorcer las palabras, dislocar el sonido del sentido, para hacer nuevas palabras con palabras. En la poesía las cosas se dicen, no se explican.

Volvamos sobre el título: *Lo insabible que sabe de la una-equivocación es la morra.*

“...es la morra”, con ésta parece dar entrada a la dimensión del azar propia del real. La morra consiste en un antiguo juego de azar al estilo de par e impar o de piedra, papel o tijera, pero con números. El recurso a **la morra** permite señalar que lo imprevisto, lo incierto, tiene su lugar en la experiencia del sujeto, así como introducir el valor del número, tan cercano a la letra.

Ese insabible que ingresa rasgando el ilusoriamente ordenado y previsible mundo del sujeto, ese insabible que *solamente* “sabe” de la una-equivocación introduce lo incierto que aporta el azar.

L'insu que sait de l'Une- bévue, viertesu homofonía en:

L'insucces de l'unbewusste c'est l'amour

El fracaso del inconsciente es el amor

“El fracaso del inconsciente”. ¿Qué motivaría a Lacan a establecer el juego de homofonía en el que translitera *l'insu* (lo insabible) y *l'insucces* (el fracaso)?

La selección de fonemas, el trastrueque producido entre ambos términos parece darle ocasión para situar dos formulaciones importantes en torno a su concepción de inconsciente. A saber: la primera de ellas, le permite -con el recurso del genitivo (objetivo y subjetivo condensados)- formular su crítica “del” *inconsciente* freudiano. El recurso del artículo “del” (contracción de la preposición “de” seguida por el artículo “el”), tanto en “del” *inconsciente* como *d'l Unbewusste*, instan a considerar las dos vertientes: el *fracaso* ínsito a la concepción de inconsciente tal como fuera propuesta por su inventor; y la

segunda, el *fracaso* – tropiezo en cuantodeterminaciónesencial de la operatoria del inconsciente.

En el primer caso, la crítica lacaniana se centra en lo que parece haber sido la consideración extrema y hasta desmedida proporcionada por Freud al relato de *sus histéricas*. Es lo que hoy podríamos decir la exacerbación de la dimensión fantasmática de esos relatos, verbigracia, Señorita Anna O.; Miss Lucy R., Señora Emmy Von R. Sostenidas ellas en “*este armazón que es su amor por su padre*”⁷. Desde antes de Freud, la histeria es *dos* - recordemos a Anna O. en su relación con Josef Breuer- ella está siempre acompañada por su gran Otro. No deja de ser algo que se presenta en cualquier neurosis, pero en este caso tiene la particularidad de “llevarlo a cuestras”. La histérica se identifica con el síntoma del Otro, lo hace suyo.

Lo que parece ponerse en cuestión en esta primera versión de “el fracaso del inconsciente” es que la concepción freudiana de inconsciente se desliza rápidamente hacia la idea de que sus musas inspiradoras contaban con un saber ya producido que conducía hacia la verdad captada por la representación reprimida.

Aunque también podríamos leerlo al modo en que Lacan proponetomar el S1, *ese significante que se contenta con comenzar*, lo que no es poco. Freud daba un lugar destacado a la vertiente fantasmática de las histéricas, quienes con su amor por su padre no hacían sino ofrecerse como objeto del goce del Otro a fin de mitigar su impotencia. Las histéricas, musas inspiradoras de Freud, al dar lumbre⁸ a su camino ¿Decían en su *amor al padre* algo más que la versión simbólico-imaginaria de éste? A la luz de las formulaciones lacanianas podríamos considerar que la insistencia del síntoma tendría por destino final extraer del relato que le concierne, así como de su figura, la función del Nombre-del- Padre en su dimensión *real*, que es a partir de lo que se gesta **el fracaso/ tropiezo** que constituye el inconsciente. Hay fracaso -tropiezo del inconsciente porque opera el Padre Real, agente de la castración al instaurar el NO al uni-sentido. De modo que, a la vez que Freud depositaba su excesiva confianza en el “saber no sabido” de sus histéricas, hacía despuntar -al modo de

⁷ Ibid. Clase 14/12/76. Pag 8.

⁸RAE. La palabra **lumbre** viene del latín lumen. El cambio de -men (lumen) a -mbre (**lumbre**), es muy común. ... De lumen nos llegan las palabras vislumbrar, formada de vix (“apenas”, en latín) y luminare (alumbrar), y luminoso formada con el sufijo -oso que indica abundancia

un S1- el filo tajante e incisivo de la *repetición inconsciente*. Lo material del síntoma que en esa repetición lo desnuda por separarlo del sentido. **He aquí la segunda vertiente aportada por *L'insucces***, el fracaso, el tropiezo.

Por este sesgo entiendo el planteo de Lacan al decir que: “Jamás pretendí superar (a Freud) (...) sino prolongarlo!”⁹. Ir más allá del inconsciente de Freud, en ese sesgo práctico que es el psicoanálisis.

Avancemos en el despliegue de este *Rollo*:

- *L'insucces de l'unbewusste c'est l'amour*. El fracaso del inconsciente es el amor.

El traductor R.Ponte, aclara que *s'aileen* el sintagma *s'aile á mourre*, no es un verbo, sino un sustantivo que quiere decir ala, pero su uso como verbo no es extraño en Lacan. Nos encontramos aquí con múltiples combinaciones entre los términos que el traductor dice dejar a cuenta del lector. Por ejemplo, leemos: *El fracaso del inconsciente abre sus alas al amor*.

Amor que presenta doble filo, por un lado, la vía del amor transferencial hablaría del amor en su versión simbólico-imaginaria, cubriendo, velando el agujero de la castración en el sujeto y en el Otro. Esta sería una forma de leer el fracaso, el fracaso de la escucha del inconsciente promueve el amor al sujeto-supuesto-saber.

Pero este sintagma admite otra lectura que denota apertura.

El fracaso del inconsciente que es la hendidura que talla la letra en la consistencia imaginaria del yo, abre sus alas hacia el “a”.Hacia esa nada, el potente vacío de la incompletud y la incertidumbre.

Si una vida es arrancada ala nada, lo que indefectiblemente deja al humano a merced de la significación que otorga el Otro (correlato del “todo”);el “a” constituiría el bastión del real originario, pero en el campo subjetivo. Ese “a” como un “pedacito” del inconmensurable operando en la trama del sujeto.Pero de ésta sólo podemos saber a través de sus sucedáneos, los objetos parciales, los semblantes de “a”. Pasaje insoslayable de la deriva

⁹J. Lacan. Seminario XXIV. clase14/12/1976.

pulsional que conlleva cierto disfrute, *lust*, un goce acotado a los márgenes del Principio del Placer. Pero la deriva pulsional empuja más allá.

Podríamos decir entonces, que cuando el sujeto se dirige en busca del objeto, no apunta a “reintegrar su producto” -aunque lo crea- no va en busca de la ilusoria completud sino en busca de ese “pedacito” de sí vacío de Otro.

El **fracaso/traspié** que es lo **inconsciente** sería la conmemoración reiterada una y otra vez de ese inconmensurable operando en la estructura del sujeto. Como no habla, encuentra soporte en el significante, principalmente en el Uno, significante privilegiado por ser el más despojado de sentido. No es el yo el que sabe, una falacia el “yo sé”, el que sabe “es él”, el Uno. De aquí en más si de saber se trata será el *saber-hacer-allí-con*, saber hacer con las letras de cada uno, servirse de ellas *para hacer otro uso que aquel para el que está hecha*¹⁰. Tal como en la poesía que ya está allí donde el lenguaje se origina, en esas trazas de sonidos oídos que quedan inscriptas. En la poesía las cosas son lo que son y es en esa libertad que irradian belleza.

Esta es la vía que Lacan propone como función del analista, operar con el forzamiento¹¹ de las palabras para hacer resonar otra cosa distinta del sentido. Aquí parece llevar su concepción del significante hasta el paroxismo, al advertirnos acerca de que, por la vía del significante, entiendo que, en su encadenamiento a otros, podríamos enredarnos en el sentido, porque éste taponar. Lacan extrema su pretensión de aislar la dimensión absolutamente real del significante proponiendo un significante totalmente despojado de sentido¹². Inventar un *significante nuevo* que no tenga ninguna especie de sentido por poder tenerlos todos, acorde a la singularidad de las letras de cada quién. En ese arrugamiento de las palabras reside su efecto operatorio.

Recorte clínico

¹⁰ “(...) incluso en esto consiste el chiste... Consiste en servirse de una palabra para otro uso que aquel para el que está hecha, en el caso de *famillionario* se arruga un poco esa palabra, pero es precisamente en, ese arrugamiento que reside su efecto operatorio. Ibid. Clase 17 de mayo de 1977, pág. 5.

¹¹ “(...) el sentido taponar”.¹¹ Ibid. Clase: 19/4/77. pág. 9.

¹² Ibid. “(...) que la invención del significante es algo diferente de la memoria. No es que el niño invente este significante: él lo recibe (...) ¿por qué no se *inventaría* un significante... nuevo? Nuestros significantes son siempre recibidos. Un significante, por ejemplo, que no tuviera, como el real, ninguna especie de sentido. (...) Podría ser fecundo”. Clase 17/5/77. Pág. 5.

Un hombre joven transcurría su análisis desde hacía aproximadamente dos años, durante los cuales relataba desencuentros amorosos que lo sumían en una profunda tristeza y desasosiego, en especial porque de esto concluía que no podría concretar una relación de pareja satisfactoria, cosa que deseaba profundamente. Comenzaba sus relaciones con mucho entusiasmo, en un estado de casi fascinación ante la certidumbre de haber encontrado la mujer de sus sueños. Había tenido alguna experiencia de convivencia y posteriormente diversos intentos de pareja, todos ellos culminados en la ruptura de la relación. En el transcurso del análisis se fue bosquejando con mayor claridad lo que parecía constituir una especie de ritual. Se iniciaba con el deslumbramiento por “ella”, hacía sus aprontes hasta que, con mayor o menor dificultad, comenzaba la relación. Las cosas marchaban hasta que, a poco de iniciada la relación, él iba quedando en una posición de estar a merced de los caprichos de ella, con el consecuente disgusto, malestar y reclamo silencioso acerca de la injusta situación. Las cosas andaban por este sesgo durante un tiempo más en que se iba incrementando la tensión, hasta que él producía la ruptura de la relación con la consecuente sensación de fracaso y desazón.

Sus padres, ambos inmigrantes, la madre de origen austríaco, nunca había terminado de sentirse cómoda en el país, lo que se manifestaba en un estado de ánimo de tono melancólico y de ausencia, como de estar siempre abstraída en sus pensamientos. En tanto que su padre se había adaptado con facilidad.

Un día relata una escena que dice recordar de vez en cuando y de la que no había hablado hasta entonces. Cuenta que alrededor de sus ocho años, había ido con su familia a la montaña a esquiar. En un momento en que estaba con su madre y el menor de sus varios hermanos, cuando la madre va a asistir al hermanito en algún quehacer y le dice a él que se quede allí y le cuide los esquís. El asiente y, apenas ella se va, suelta unoy mira gozosamente como éste se desliza por la montaña. Destaca que incluso tuvo tiempo de detenerlo cuando comenzaba a caer, pero no lo hizo. Hecho que le ocasionó fuertes autorreproches durante largo tiempo. ¿cómo había podido dejarlo ir! ¿por qué no lo detuvo cuando mediaba un pedido expreso de la madre para que los cuidara? Hace un silencio y dice: en alemán esquí se dice *she*. Al mismo tiempo digo y también él: ¡Ella! Soltar el *schedejó* de ser para ese niño una mera acción para constituirse en un *acto*, y como todo

Acto, éste le pertenece al sujeto. En ese acto de soltar-la, desobedecía la demanda de la madre que excedía con creces el cuidado de las tablas. La demanda formulada por ella desde antaño era: Cuidame. Tal como replicaba con otros personajes masculinos de su familia. El acto desobediente del niño era su forma de decir No a la demanda, a la que por otra parte solía responder en la identificación fálica de quedar pendiente, pendiendo, a merced de los signos, los gestos que ella mostrara, en suma, gravitando en torno al enigma de su deseo. La división subjetiva en pleno: soltar *sche* (she)/a ella, acto separador tallado por las letras de su lalengua; y, por el otro lado, el autorreproche, la herida yoica de perder las mieses narcisistas de la captura en la mirada del Otro, ala espera de los signos y demandas que, con sus respuestas le confirmaban su lugar fantasmático: ¿Qué soy para el Otro? ¿Qué me quiere?

Cabe destacar que su lengua materna es el alemán, lengua que hablaban en su familia de origen y en la que están fraguados los recuerdos y relatos.

De modo que, en la concatenación del discurso, la irrupción del solté o dejé ir *sche*, que en alemán se pronuncia *she*, opera una transliteración, lee ajustándose al escrito, *lee letras con letras*, ardid de l' une-bévue, provocar el equívoco ínsito a la ley del inconsciente para que pudieran pasarel significante *sche*, y pudieran ser escuchados los fonemas *s-h-e*; y luego traducidos al correspondiente *ella* en castellano. Hay aquí en juego una transliteración y su posterior traducción.

Por su parte, “dejar hacer ir a *ella*” es el significante que repite el síntoma. Una y otra vez la repetición traumática puesta en juego en el “fracaso” amoroso: quedar captado por mujeres que, bajo la rúbrica de “enigmáticas”, le permitían quedar a merced, anonadado ante el enigma de su deseo, el que, luego de un tiempo, empezaba a experimentar como de ser gozado por el Otro.

¿Por qué un acontecimiento que resultó traumático para el niño, acarreándole sufrimiento, angustia y gran culpa, insistiría a lo largo de su vida? Porque, en última instancia, lo material, lo real del síntoma es el síntoma despojado del sentido, esos fonemas que se repiten entremezclados en las vicisitudes de la vida del sujeto efectuando su corte liberador. La repetición de la pérdida se tramaba en la ruptura con las parejas, porque allí repetía el goce del inconsciente que es el goce de la castración.

Entonces, ¿Quién le teme al inconsciente?